

EDICIÓN

61

Febrero / 2021

EL FARO

LLEVANDO LUZ A LAS NACIONES

LAS BARCAS

SERVICIOS

DEVOCIONALES

MARTES

—

JUEVES

—

DOMINGOS

7:00 PM

7:00 PM

10:00 AM



EDITORIAL

En los tiempos de Jesús, viajar era un tanto complicado y peligroso, pues los caminos eran malos y escasos; por si esto fuera poco, eran merodeados por maleantes y forajidos, que buscaban hacerse con los bienes de los transeúntes. Jesús relató la historia de un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de salteadores, que después de despojarlo y de darle golpes, se fueron dejándolo medio muerto (Lucas 10:30). Por esta razón muchos preferían viajar en embarcaciones, las cuales fueron usadas por los faraones para navegar el Nilo y contemplar su vasto imperio; hasta por hombres humildes, que se ganaban la vida pescando. Cuando Jesús empezó su ministerio, salió de Nazaret y se estableció en Capernaúm, cerca del mar de Galilea o lago de Genesaret, ubicado al norte del valle del Jordán y a orillas de la ciudad de Tiberíades, siendo el único lago natural de agua dulce de Israel; para que se cumpliera lo dicho por Isaías: ¡Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles (de las naciones)! El pueblo asentado en tinieblas vio una gran luz y a los que viven en región y sombra de muerte, una luz les resplandeció, donde Jesús comenzó a predicar (Mateo Cap. 4).

La multitud se agolpaba alrededor de Jesús para oír la Palabra, un día junto al lago de Genesaret, vio dos barcas a la orilla del lago, una de ellas pertenecía a Simón y subiendo a ella, pidió que la separaran un poco de tierra y sentándose, enseñaba a las multitudes. Cuando terminó su mensaje pidió a Simón, que saliera a la parte más profunda a pescar. Pedro le respondió que habían trabajado toda la noche y no habían pescado nada, pero a su pedido lo harían. Encerraron una gran cantidad de peces, se rompían las redes por lo que llamaron a sus compañeros, que estaban en la otra barca para que los ayudaran, esto nos enseña que, como dijo Cristo: La cosecha es mucha, pero los obreros pocos; rueguen, por tanto, al Señor de la cosecha que envíe obreros a Su cosecha (Lucas 10:2).

Cuando Pedro vio tal cantidad de pesca, cayó a los pies de Jesús y le dijo: ¡Apártate de mí, Señor, ¡pues soy hombre pecador! Esto le sucedió también a Jacobo (Santiago) y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran socios de Simón. Y Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora

serás pescador de hombres y dejándolo todo, le siguieron (Lucas 5:1-11). En otra oportunidad, Jesús llegó a casa de Pedro, donde vio que su suegra estaba en cama con fiebre, le tocó la mano, la fiebre la dejó y se levanto a servirle. Al atardecer sanó a los enfermos y viendo tanta multitud, ordenó pasar al otro lado del mar; un escriba le dijo, que lo seguiría a donde fuera y otro le pidió ir a enterrar a su padre para seguirlo, a lo que Jesús respondió: Ven tras Mí y deja que los muertos entierren a sus muertos. Jesús entró en la barca con sus discípulos y de pronto se desató una gran tormenta, de modo que las olas cubrían la barca; Jesús dormía y despertándolo le dijeron: ¡Señor sálvanos, que perecemos! Él respondió ¿Por qué tienen miedo, hombres de poca fe? Reprendió los vientos y el mar y sobrevino una gran calma (Mateo Cap. 8).

Esto nos muestra que, aunque estemos en medio de la tormenta el Señor, estará siempre dispuesto a ayudarnos a salir de ella, como le sucedió a Pedro, cuando al caminar sobre las aguas, empezó a hundirse, clamó al Señor y dándole la mano lo llevó a tierra firme; el Señor Jesús vino a conducirnos al Padre a llevarnos a puerto seguro. La Biblia nos relata que, en tiempos de Noé, el Señor vio que era mucha la maldad de los hombres en la tierra y que toda intención de los pensamientos de su corazón era sólo hacer siempre el mal y dijo: Borrará de la superficie de la tierra al hombre que he creado; desde el hombre hasta el ganado, los reptiles y las aves del cielo, porque Me pesa haberlos hecho. Entonces Dios dijo a Noé: He decidido poner fin a toda carne, porque la tierra está llena de violencia por causa de ellos; por eso voy a destruirlos... Hazte un arca de madera de ciprés, cubierta con brea por dentro y por fuera. Yo traeré un diluvio sobre la tierra, para destruir todo ser viviente y todo perecerá y Noé hizo conforme todo lo que Dios le había ordenado. Entonces el Señor dijo a Noé: Entra en el arca tú y todos los de tu casa; porque he visto que sólo tú eres justo delante de Mí en esta generación (Génesis Cap. 6,7).

También en este tiempo el Señor está pronto a traer un juicio sobre la tierra, pero nosotros nos podemos refugiar en el Señor. Jesús es la barca que nos llevará al otro lado, a la presencia del Padre. En esta oportunidad veremos, al Señor usando las barcas, como una herramienta para el ministerio.



Director General

Pastor Pedro Legrand

Portada y Edición

Pastor Pedro Legrand
Anciano Jonatan Aguilar

**Redacción y corrección
de estilo**

Pastor Pedro Legrand
Anciano Jonatan Aguilar
Jorge Vasquez
Redactores del Ministerio

17 Avenida 5-62 Zona 1
Ciudad de Guatemala

Teléfono / whatsapp:
+502 54744779

idcluzdelasnaciones@gmail.com
www.idcluzdelasnaciones.com



Si esta revista te ha bendecido

**Puedes enviar tu colaboración
al No. de cuenta: 02-0018258-6**

**A nombre de: Iglesia Luz de las Naciones
Banco: G&T Continental**

LA BARCA DEL LLAMAMIENTO

La Biblia nos habla de un varón que fue llamado a ser profeta de Dios, cuyo nombre era Jeremías, el llamado de este profeta era muy grande, pues Dios lo conoció desde antes de ser formado en el vientre de su madre y antes de su nacimiento, Jeremías fue apartado como un profeta a las naciones. No solamente Dios había determinado un llamado específico para él, sino que se le dio autoridad sobre las naciones para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar (Jeremías 1:4-10). El llamado del profeta, no fue por casualidad, pues ser llamado por Dios para ser su siervo, es un gran privilegio; aunque muchas veces tenemos luchas internas o externas para aceptar el llamado del Señor, debemos mantenernos firmes, creyendo que el hará su obra en nosotros, pues Dios no es hombre para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. ¿Lo ha dicho Él y no lo hará? ¿ha hablado y no lo cumplirá? (Números 23:19).

Dejando por un lado a Jeremías, tenemos a Jonás, quién también fue llamado a ser profeta del Señor. Dios lo mandó a Nínive, para proclamar lo que venía en contra de aquella ciudad, a causa de su maldad; pero Jonás huyó para estar lejos de la presencia del Señor y cuando descendió a Jope, encontró un barco que iba a Tarsis y entró en él, pero sucedió que Dios desató sobre el mar, un viento fuerte y una gran tempestad, a tal punto que el barco iba a romperse; entonces los marineros tuvieron miedo y cada uno clamó a su propio dios; pero Jonás estaba en la bodega del barco, acostado y durmiendo. Entonces los que iban en el barco, echaron suertes para saber por causa de quién, había venido la calamidad y la suerte cayó sobre Jonás, por lo que ellos le preguntaron qué oficio tenía y de donde venía, a lo que él respondió: Soy hebreo y temo al Señor Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra.

Cuando escucharon esto los hombres se aterrorizaron, pues ellos sabían, que él huía de la presencia de Dios y se preguntaron qué iban hacer con él, se pusieron a remar para volver a tierra firme, pero el mar se embravecía más contra ellos, entonces invocaron a Dios pidiendo misericordia, entonces tomaron a Jonás, lo lanzaron al mar y cesó la furia de la tormenta; cuando los marineros vieron eso temieron a Dios, le ofrecieron sacrificio e hicieron votos, mientras que Jonás, fue devorado por un gran pez (Jonás 1). Esto nos enseña que nosotros, no podemos huir de la presencia del Señor, por eso cada cual en lo que ha sido llamado, en esto quédese ante Dios (Jüemann 1 Corintios 7:24). Pues dice la Escritura: ¿Adónde me iré de tu Espíritu? ¿Y

adónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si hiciere mi estrado en el infierno, hete allí. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano y me asirá tu diestra (OSO Salmos 139:7-10). La Escritura nos relata que Jesús empezó su ministerio predicando y enseñando en las sinagogas, por lo que la gente comenzó a divulgar la fama de Él y aconteció que un día, cuando Jesús estaba junto al lago Genesaret, que la multitud se agolpaba sobre Él para oír la palabra que predicaba y vio dos barcas que estaban a la orilla del lago, pero los pescadores habían bajado de ellas, pues se nos describe, que estaban lavando sus redes; entonces Jesús subió a la barca de Simón, llamado Pedro y pidió que se separara de la tierra un poco y desde ahí, enseñaba a las multitudes (Lucas 5:1-3).

Qué impresionante lo que estaba sucediendo, el mismo Señor estaba manifestándose a su pueblo, eran tantas las personas que anhelaban ser enseñadas, que el Señor al subirse a la barca, la convirtió en un pulpito para poder instruirlos, cumpliéndose la Escritura que dice: ...Todos tus hijos serán enseñados por el Señor y grande será el bienestar de tus hijos (Isaías 54:12-13). Cuando Jesús terminó de hablar, dijo a Simón que fuera a la parte más profunda y echara las redes. A lo que Simón le dijo: Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada, pero porque tú lo pides, echaré las redes. Cuando lo hicieron, encerraron tantos peces, que la red se estaba rompiendo, por lo que hicieron señas a sus otros compañeros en la otra barca, para que vinieran ayudarlos. Y vinieron y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían. Simón Pedro vio todo esto y cayó a los pies de Jesús y le dijo: ¡Apártate de mí Señor ¡pues soy hombre pecador! Porque el asombro se había apoderado de él y de todos sus compañeros, por la redada de peces que habían hecho y lo mismo les sucedió a Jacobo y Juan, socios de Simón y Jesús le dijo: No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Y después de traer las barcas a tierra, dejándolo todo, le siguieron (Lucas 5:4-11).

Vemos en esta porción de la Escritura un milagro extraordinario, aunque la Palabra no nos relata el sermón que Jesús estaba predicando, podemos notar que las palabras del Señor, habían tocado el corazón de Pedro, ya que cuando el Señor le pidió que volviera a lanzar la red, él obedeció y fue tanta la bendición, que él y sus socios, tuvieron que tomarla

juntos. Realmente la fe de Pedro, estaba siendo probada, pues si él, no hubiera creído, no habría podido recibir la bendición, aunado a esto, de cierta manera, el Señor Jesús también le mostró a Pedro, cuál sería el desenlace de su llamado, pues él sería un pescador de hombres, dice la Biblia: Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a su propósito (Romanos 8:28). Podríamos denominar a esta barca, la barca del llamamiento, pues el Señor Jesús, no solo llamó a Pedro, sino también llamó a Andrés su hermano y a sus socios, Jacobo y Juan (Mateo 4:18-22).

El Señor llamó a hombres que sabían luchar contra las adversidades, pues al ser pescadores, estaban acostumbrados a velar, ser pacientes, soportar incluso las inclemencias del clima cuando se encontraban en medio del mar pescando; es decir que el Señor conocía que eran capaces de recibir el llamamiento y la carga del trabajo que les era conferido, teniendo esto en cuenta el Señor en su tiempo, enviaría a sus discípulos con una red, por decirlo de alguna manera, Jesús les dijo: Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Id, pues y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo 28:18-20). De la misma manera cada uno de nosotros, tenemos un llamado en Cristo, para ir y anunciar las buenas nuevas en todo lugar, pues el Padre nos conoció antes de la fundación del mundo y nos predestinó para ser hechos a la imagen de su Hijo y a los que predestinó a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó (Romanos 8:29-30).

Es decir que, si el Señor nos ha llamado ciertamente, nos preparará y aunque habremos de sufrir por el evangelio, debemos seguir hacia la meta, para obtener el premio del supremo llamamiento de Dios, en Cristo Jesús (Filipenses 3:14). Debemos saber que el llamado del Señor no está sujeto a nuestra vida acá en la tierra, sino que debemos trabajar diligentemente en nuestro llamado, ya que nuestra recompensa está en los cielos, pues el Señor en justicia te ha llamado, te sostendrá por la mano, velará por ti y te pondrá como luz de las naciones (Isaías 42:6).

LA BARCA DE LA LIBERACIÓN

Como hijos de Dios, debemos prestarle mucha atención a la libertad, ya que existe la libertad física, que bien sabemos, nos permite movilizarnos a cualquier lugar, también consiste en poder hacer cualquier cosa, siempre y cuando, no afecte el bien común; también existe la libertad interna, que puede ser afectada por la libertad física y viceversa. La Palabra de Dios también nos habla de una libertad espiritual, que nos fue dada a través del sacrificio de Cristo en la cruz, pues dice la Palabra que nosotros hemos sido justificados por su sangre, para ser salvados de la ira de Dios y también para ser reconciliados con Él (Romanos 5:8-11); es por esto, que es necesario que nos acerquemos al Señor, para ser libres y restaurados completamente.

En una oportunidad, le trajeron muchos endemoniados; y expulsó a los espíritus con su palabra y sanó a todos los que estaban enfermos, para que se cumpliera lo que fue dicho por medio del profeta Isaías cuando dijo: El mismo tomó nuestras flaquezas y llevó nuestras enfermedades. Viendo Jesús una multitud a su alrededor, dio orden de pasar al otro lado. Y un escriba se le acercó y le dijo: Maestro, te seguiré adondequiera que vayas. Y Jesús le dijo: Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza. Otro de los discípulos le dijo: Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre. Pero Jesús le dijo: Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos (Mateo 8:16-22). Esto nos muestra que el Señor, libertaba a la gente a través de la Palabra; pues el Espíritu de Dios estaba sobre Él para proclamar las Buenas Nuevas, vendar a los quebrantados, proclamar libertad a los cautivos y liberación a los prisioneros (Isaías 61:1).

Esto quiere decir que el Señor venía a liberrar, no solo de prisiones físicas, sino también de formas de pensamiento, pues si ponemos atención a estos dos varones, uno estaba buscando hacerse de un lugar para residir y el otro, no podía renunciar a sus parientes; Jesús les hizo hincapié sobre lo que los estaba atando, mas ellos no pudieron dejar atrás aquellas cosas, para ser sus discípulos, Jesús dijo: Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre y madre, a su mujer e hijos, a sus hermanos y hermanas y aun hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que no carga su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo (Lucas 9:23; 14:26-27).

Después Jesús entró en la barca y sus discípulos le siguieron, de pronto hubo una tormenta en el mar, tan fuerte que las olas cubrían la barca; pero Jesús estaba dormido y fueron con Él y lo despertaron diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos! Y Él les dijo: ¿Por qué estáis amedrentados, hombres de poca fe? Entonces se levantó y detuvo a los vientos y al mar y sobrevino una gran calma. Los hombres se quedaron admirados y decían: ¿Quién es este, que aun los vientos y el mar le obedecen? (Mateo 8:23-27). Como podemos ver, Jesús guió a sus discípulos a la barca y Él, confiando en que ellos, podían dirigirla, se durmió; nuestra confianza debe estar siempre en el Señor, pues Él es quien vela por nosotros, como dice la Escritura: He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel. El Señor es tu guardador; el Señor es tu sombra a tu mano derecha (Salmos 121:4-5).

Por lo tanto, no debemos perder de vista, que el Señor, nos rescatará de todo mal, asimismo, la Palabra nos indica, que Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio (2 Timoteo 1:7). Esto nos muestra, que a pesar de que los discípulos iban con Jesús, tuvieron miedo al verse en medio de la tormenta, pues esto se salía de su control; ellos acudieron a Jesús y Él los auxilió, de la misma manera muchos de nosotros nos encontramos en pruebas, en medio de la tormenta, sin embargo, si nosotros le buscamos y le amamos, no debemos olvidar que, en el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor involucra castigo y el que teme no es hecho perfecto en el amor, nosotros amamos, porque Él nos amó primero; además recordemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien (1 Juan 4:18-19; Romanos 8:28). Debemos tener la confianza en Dios y saber en quién hemos puesto nuestra confianza; pues Él mismo ha prometido que no nos dejará, ni nos desampará (Hebreos 13:5).

Después de salir de la tormenta y cruzar el mar, desembarcaron en Gadara, entonces salieron a su encuentro dos endemoniados, violentos en extremo, de manera que nadie podía pasar por aquel camino. Y gritaron, diciendo: ¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí para atormentarnos antes del tiempo? A cierta distancia de ellos había una pira de muchos cerdos paciendo; y los demonios le rogaban, diciendo:

Si vas a echarnos fuera, mándanos a la pira de cerdos. Entonces Él les dijo: ¡Id! Y ellos salieron y entraron en los cerdos; y he aquí que la pira entera se precipitó por un despeñadero al mar y perecieron en las aguas. Los que cuidaban la pira huyeron; y fueron a la ciudad y lo contaron todo, incluso lo de los endemoniados. Y toda la ciudad salió al encuentro de Jesús; y cuando le vieron, le rogaron que se fuera de su comarca (Mateo 8:28-34). El estado de estos hombres, era la cautividad a la cual se habían acostumbrado, de la misma manera, muchos nos acostumbramos también a vivir cautivos a causa del pecado, porque no conocemos verdadera libertad de los hijos de Dios, dice la Biblia: Porque la creación, la naturaleza fue sometida a fragilidad, a la insignificancia, condenada a la frustración, no por alguna falta intencional de su parte, sino por la voluntad de Aquel que así la sometió todavía con la esperanza.

Que la creación misma será liberada de su esclavitud a la decadencia y la corrupción; y obtendrá una entrada en la gloriosa libertad de los hijos de Dios (AMP Romanos 8:20-21). Esto nos enseña que, si alguno de nosotros se encuentra en un estado similar al de los gadarenos o se siente cautivo, debemos buscar a Dios, pues si nos acercamos a Él, Él se acercará a nosotros (Santiago 4:8); también es importante poder saber que el único que nos puede hacer libres es Cristo, pues si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres (Juan 8:36). En el Evangelio de Marcos, se menciona que la gente de Gadara, le pidió al Señor que se retirara, pues tuvieron miedo y cuando el Señor entró en la barca, el que había estado endemoniado, le rogaba que lo dejara acompañarle. Pero Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho por ti y cómo tuvo misericordia de ti. Y él se fue y empezó a proclamar en Decápolis cuán grandes cosas Jesús, había hecho por él; y todos se quedaban maravillados (Marcos 5:18-20).

Cuando estábamos perdidos en nuestros delitos y pecados, el enemigo no solo cautivó nuestra vida, sino también nuestro ministerio, dones y talentos que el Señor había depositado en nosotros. Cuando alcanzamos al Señor, no solo somos libres, sino también salvos a través de Él, cada uno de nosotros, debe cuidar la salvación que Cristo nos ha dado. Cuando el Señor libertó al Gadareno, lo envió a predicar su Palabra, también nosotros aprovechemos el tiempo que el Señor nos ha concedido, para predicar hasta los confines de la tierra (Isaías 49:6).

LA BARCA DE LA FE

Hemos recibido la salvación a través del sacrificio de Jesús, pues Él dio su vida para perdón de nuestros pecados, dice la Biblia: Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, mas tenga vida eterna (Juan 3:16); este extracto de la Palabra nos enseña que, para poder recibir el regalo de la salvación, es necesario creer en el Señor Jesucristo. Respecto a creer en Él, Jesús dijo: En verdad, en verdad os digo: El que cree en Mí, las obras que yo hago, él también las hará; y aún mayores que éstas hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidáis en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré (Juan 14:12-14); es decir que, poniendo nuestra fe y esperanza en Él, también somos habilitados para hacer toda buena obra en el nombre de Dios, pero muchas veces nuestra fe es poca o simplemente no tenemos fe, es por esto que el Señor decía las siguientes palabras: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tendré que soportar?... (Mateo 17:17). Un día después de haber alimentado a cinco mil personas, el Señor Jesús hizo que sus discípulos subieran a una barca y fueran delante de Él a la otra orilla, a Capernaúm, mientras Él despedía a la multitud. Después de despedirlos, subió al monte a solas para orar; y al anochecer, estaba allí solo. Pero la barca estaba ya a muchos estadios de tierra y era azotada por las olas, porque el viento les era contrario (Mateo 14:22-24).

Cotejando este relato con el del apóstol Juan, podemos observar, que la multitud que había estado con Jesús, quería llevarlo a la fuerza y nombrarlo rey, Jesús sabiendo esto, vio que era preciso apartarse de la gente y subir al monte. Lo que nos enseña que, nosotros debemos buscar la gloria de quien nos envió y no la gloria de los hombres, como dice la Escritura: Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos... (Mateo 6:1-7). Siguiendo el relato, podemos ver a los discípulos del Señor siendo azotados por el viento y la tempestad; lo que, para nosotros, es figura de las aflicciones, problemas o pruebas, con las que podemos encontrarnos en nuestro día a día, a pesar de ello no debemos olvidar lo que dice la Escritura: Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a su propósito (Romanos 8:28). En esta porción, la Biblia nos indica que, aunque pasemos por valle de sombra de muerte, no temeremos mal alguno, porque su vara y su cayado nos infunden

aliento (Salmo 23). El Señor permite que pasemos por procesos, pues la senda del justo, es como la luz de la aurora, que va de gloria en gloria, hasta que el día es perfecto (2 Corintios 3:18; Proverbios 4:18); para que algún día lleguemos a la estatura del varón perfecto que es Cristo (Efesios 4:11-13). Más adelante nos indica el evangelio que, a la cuarta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos andando sobre el mar. Y los discípulos, viéndole andar sobre el mar, se turbaron y decían: ¡Es un fantasma! Y de miedo, se pusieron a gritar. Pero enseguida Jesús les habló, diciendo: Tened ánimo, soy Yo; no temáis (Mateo 14:25-27). La biblia dice que nosotros tenemos que dejar de ser niños espirituales, los cuales, a causa de su inmadurez, son sacudidos por las olas y llevados por cualquier viento de doctrina humana, debemos de dejar de andar como andan los gentiles, en la vanidad de sus mentes, entenebrecidos en su entendimiento, excluidos de la vida de Dios a causa de su ignorancia y la dureza de sus corazones, llegando a ser insensibles y entregados a la sensualidad para cometer cualquier clase de impureza (Efesios 4:14-19).

Vemos como los discípulos no entendían que era lo que estaba pasando, aunque estaban en medio de la tormenta, el Señor no los había dejado solos; vemos a Jesús caminar sobre las aguas, pero a causa de su falta de entendimiento tuvieron miedo, entonces Jesús tuvo que hablarles para que entendieran que era Él, la Palabra dice: Así que la fe viene del oír y el oír, por la palabra de Cristo (Romanos 10:17). La Palabra dice: ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Y quién podrá estar en su lugar santo? El de manos limpias y corazón puro; el que no ha alzado su alma a la falsedad, ni jurado con engaño. Ese recibirá bendición del Señor y justicia del Dios de su salvación (Salmos 24:3-5), pero nosotros somos hombres pecadores, que no podíamos entrar a la presencia del Señor, pero Jesús vino a cambiar todo eso y nos ha dado libre entrada al Padre, Él dijo: yo soy el camino la verdad y la vida, nadie va al Padre si no es por Mí (Juan 14:6); también tenemos un sumo sacerdote que nos presenta delante de Dios, la Escritura dice: Teniendo, pues, un gran sumo sacerdote que trascendió los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, retengamos nuestra fe. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino uno que ha sido tentado en todo como nosotros, pero sin pecado. Por tanto, acerquémonos con confianza al trono

de la gracia para que recibamos misericordia y hallemos gracia para la ayuda oportuna (Hebreos 4:14-16). De esta manera podemos ver, que los discípulos, clamaron al Señor y recibieron la ayuda oportuna, en el tiempo de su necesidad; también nosotros como discípulos del Señor, podemos acudir a Él, en nuestra necesidad, sabiendo que responderá oportunamente; ya que en medio de la tribulación vamos a escuchar la voz del Señor, ya sea estudiando la Palabra u orando, pero siempre buscando la presencia de Dios. Continuando con la escena, el apóstol Pedro respondió: Señor, si eres tú, mándame que vaya a Ti sobre las aguas. Y Él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, caminó sobre las aguas y fue hacia Jesús. Pero viendo la fuerza del viento tuvo miedo y empezando a hundirse gritó, diciendo: ¡Señor sálvame! Y al instante Jesús, extendiendo la mano, lo sostuvo y le dijo: Hombre de poca fe ¿por qué dudaste? (Mateo 14:28-31); notamos como Pedro, cuando vio que era Jesús quien le hablaba, entonces pidió una señal para estar seguro que era Él y caminar hacia su Señor, pero cuando vio la tempestad comenzó a hundirse.

Nosotros muchas veces dudamos de las promesas que Dios nos ha dado, por lo que pedimos señales, como en el caso de Tomás, quien dijo: Si no veo en Sus manos la señal de los clavos y meto el dedo en el lugar de los clavos y pongo la mano en Su costado, no creeré. Cuando Jesús se presentó dijo a su discípulo: ¿Porque Me has visto has creído? Dichosos los que no vieron y sin embargo creyeron (Juan 20:25-29). Esta Palabra del Señor, bendice nuestras vidas, porque, aunque no le hemos visto, hemos creído que Jesús es el Hijo del Dios viviente. Cuando no vemos a Dios si no a la tormenta, dejamos de creer en nuestro Dios, porque somos hombres de poca fe, Jesús dijo: ...Porque en verdad les digo que si tienen fe como un grano de mostaza, dirán a este monte: Pásate de aquí allá y se pasará; y nada les será imposible (Mateo 17:20). Es necesario que creamos fielmente en Dios, aunque no veamos nada, pues como sus discípulos, necesitamos tener esa confianza incondicional en el Señor y veremos que Él obrará en nosotros, como dicta el Mensaje: Confía en el Señor y haz el bien; habita en la tierra y cultiva la fidelidad. Pon tu delicia en el Señor y Él te dará las peticiones de tu corazón. Encomienda al Señor tu camino, confía en Él, que Él actuará; hará resplandecer tu justicia como la luz y tu derecho como el mediodía (Salmos 37:3-6).

LA BARCA DE LA NECESIDAD

La necesidad es el estado de un individuo, ante la carencia de un elemento que es imprescindible, para poder vivir en un bienestar pleno, tanto físico como espiritual. Las necesidades del ser humano, parecen ser infinitas, pero las necesidades fundamentales son: Subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, recreación, creación, identidad y libertad; si alguna de estas necesidades no es suplida, el individuo, busca los medios para suplir dicha necesidad; podemos decir entonces que, el necesitar, es importante para el ser humano, pues si no, carecería de visión y sería un ser vicioso. El Señor Jesús dijo que no nos preocupáramos por nuestra vida, por la comida o la bebida, ni por nuestro cuerpo o el vestido, pues la vida es más que el alimento y el cuerpo más que la ropa. También dijo: Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros de mucho más valor que ellas?... Por tanto, no os preocupéis, diciendo: ¿Qué comemos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan ansiosamente todas estas cosas; que vuestro Padre celestial, sabe que necesitáis de todas estas cosas. Pero buscad primero su reino y su justicia y todas estas cosas os serán añadidas (Mateo 6:25-33).

Esto nos enseña, cómo es que el Señor tiene el cuidado de todas nuestras necesidades, pero también tenemos una necesidad espiritual, que solamente podemos saciar si buscamos el reino de Dios. La Palabra nos dice que, el pueblo de Israel andando en el desierto murmuró contra Moisés y Aarón diciendo: Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos; pues nos habéis traído a este desierto, para matar de hambre a toda esta multitud. Pero Dios dijo a Moisés que Él haría llover pan del cielo, para ponerlos a prueba si andaban o no en su Ley. Sucedió que, a la mañana siguiente, el pueblo recogió el maná, pero hubo algunos que recogieron más de lo que debían y al día siguiente el maná se engusanó y se pudrió. En otra ocasión el pueblo nuevamente se quejó, pues añoraba comer carne, por lo que el Señor envió un viento fuerte que llevó codornices y el pueblo las recogió, pero mientras la carne estaba aún en su boca, Dios se enojó e hirió al pueblo con una plaga muy mala (Éxodo Cap. 16, Números Cap. 11). Vemos acá que el pueblo de Israel, no seguía la visión que el

Señor les había dado, pues su necesidad por Egipto, era más grande que seguir a Dios, ignorando constantemente sus mandamientos. Cada uno de nosotros, como parte de su pueblo, debemos saber que a Él es a quien seguimos y Él suple nuestras necesidades, por lo tanto, temed al Señor, pues nada les falta a aquellos que le temen, pues aún los leoncillos pasan necesidad y tienen hambre, más los que buscan al Señor, no carecerán de bien alguno (Salmos 34:9-10). Un día Jesús fue al otro lado del mar de Galilea y una gran multitud le seguía a causa de las señales que hacía, entonces Jesús subió al monte y se sentó con sus discípulos; entonces el Señor alzó los ojos y al ver a la multitud venir hacia Él, le preguntó a Felipe: ¿Dónde compraremos pan para que coman éstos? Y Felipe le dijo, que ni con doscientos denarios les bastaría, pero Andrés hermano de Pedro, le dijo a Jesús: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados; pero ¿qué es esto para tantos?

Entonces el Señor hizo que la gente se recostara y tomó los panes y los pescados, dio gracias y los repartió, dándoles cuanto querían; cuando todos se saciaron, Jesús les dijo a sus discípulos, que recogieran lo que había sobrado, para que no se desperdiciara nada y recogieron doce cestas, por lo que la gente al ver esto, quiso hacerle rey por la fuerza, pero Él subió al monte solo (Juan 6:1-13). Vemos acá como el Señor tenía compasión por la multitudes, que les dio de comer a todos, Él vio que todos tenían necesidad, no de un pan físico, sino de uno espiritual, sin embargo las multitudes, confundieron su necesidad espiritual por la física y buscaron asegurar, que esa necesidad siempre fuera saciada, tratando de hacer rey a Jesús; no entendieron que Él quería saciar sus almas y corazones, pues el justo come hasta saciar su alma; más el vientre de los impíos tendrá necesidad (Proverbios 13:25). Al día siguiente, la multitud empezó a buscar Jesús y no le hallaron, por lo que subieron a las barcas y fueron a Capernaúm buscándolo. Cuando lo encontraron, le preguntaron que cuándo había llegado y les respondió: En verdad, en verdad os digo: Me buscáis, no porque hayáis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado. Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el cual el Hijo del Hombre os dará, porque a éste es a quien el Padre Dios, ha marcado con su sello. Pero la multitud le preguntó ¿Qué pues haces tú como señal, para que veamos y te creamos? ¿Qué obra haces? Nuestros padres comieron el

maná en el desierto, como está escrito: Les dio a comer pan del cielo. Pero Jesús les dijo que no era Moisés, quien les había dado pan sino el Padre y añadió: Yo soy el pan de la vida; el que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí, nunca tendrá sed. Pero ya os dije que, aunque me habéis visto, no creéis. Sin embargo, los judíos solo murmuraban de Él, pues no creían y también les dijo: En verdad, en verdad os digo: El que cree, tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que coma de él, no muera (Juan 6:22-50). Es impresionante ver cómo el Señor les hablaba y constantemente les enseñaba, pero el corazón de Israel, no permitía que recibieran la palabra a causa de su incredulidad; lo que nos enseña que, es necesario que todos creamos en Jesús, ya que el constantemente nos habla, pues de no hacerlo, no podremos saciar el hambre y sed de nuestro ser, por lo tanto, buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cerca (Isaías 55:6). Jesús continuó diciendo: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre y el pan que yo también daré por la vida del mundo, es mi carne. Si no comen la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida, pues el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y Yo lo resucitaré en el día final; porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. Este es el pan que descendió del cielo; no como el que vuestros padres comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre (Juan 6:51-58).

Lo que el Señor estaba enseñando, trataba de una nueva revelación, que para los judíos, no podía ser entendida, pues ellos pedían señales, sin embargo, lo que Jesús estaba hablando, no se podía entender de otra manera, más que por el Espíritu, pues lo que el Señor estaba enseñando, era la realización de un Mejor Pacto, con mejores promesas y la única manera en la que podemos tomar parte de él, es creyendo en Cristo y celebrando la Cena del Señor. Cuando Jesús celebraba la Pascua, se sentó a la mesa y con Él, los apóstoles y les dijo: Intensamente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que nunca más volveré a comerla hasta que se cumpla en el reino de Dios. Y habiendo tomado una copa, después de haber dado gracias, dijo: Tomad esto y repartidlo entre vosotros; porque os digo que de ahora en adelante no beberé del fruto de la vid, hasta que venga el reino de Dios... (Lucas 22:14-20). Como hemos visto, el Señor sacia nuestra necesidad espiritual e incluso, nuestras necesidades físicas, ya que, al integrarnos al Nuevo Pacto, nos estamos haciendo uno con Él, de la misma manera, nos estamos preparando para aquel día, en el que nos reuniremos con nuestro Dios y permaneceremos con Él para siempre (Lucas 22:15-16).

LA BARCA DEL RESUCITADO

En la Revelación de Juan, el apóstol dio testimonio de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo y escribió: Yo soy el Alfa y la Omega dice el Señor Dios, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso (Apocalipsis 1:8); esto nos indica que nuestro Señor, es el principio y el final de todas las cosas y que así, como comenzó el ministerio terrenal de Cristo, también así fue su final, tal como veremos en esta oportunidad. En los albores del ministerio del Señor, Mateo nos relata que Jesús salió de Nazaret y se estableció en Capernaúm, junto al mar de Galilea, donde vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro y Andrés, quienes echaban la red al mar, porque eran pescadores. El señor les dijo: Seguidme y yo os haré pescadores de hombres. También vio a otros dos hermanos, Jacobo, hijo de Zebedeo y Juan su hermano, en la barca con su padre remendando sus redes y los llamó.

Lucas en su evangelio nos da más detalles sobre el relato y nos dice que Jesús, estando junto al lago de Genesaret, llamado también mar de Tiberíades o Galilea, vio dos barcas en la orilla; para entonces los pescadores habían bajado de ellas y lavaban sus redes. Jesús subió a la barca de Pedro y desde ella, enseñaba a las multitudes; cuando terminó dijo a Simón, que saliera a las partes más profundas y echara las redes para pescar, Simón respondió: Hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada, pero hicieron como el Señor les indicaba y encerraron una gran cantidad de peces, de modo que las redes se rompían, por lo que pidieron a sus compañeros de la otra barca, que los ayudaran, las barcas se llenaron de tal manera, que se hundían. Cuando Simón Pedro vio esto, cayó a los pies de Jesús y dijo: ¡Apártate de mí Señor! ¡pues soy hombre pecador! Porque el asombro se había apoderado de él y de todos sus compañeros quienes, dejando las barcas, le siguieron (Mateo Cap. 4; Lucas Cap. 5). Por primera vez, los discípulos vieron a Jesús como el Hijo del Dios viviente, lleno de gracia y poder, obrando señales y prodigios milagrosos, por medio de los cuales creyeron en Jesús y le siguieron.

Como podemos ver, la barca fue un medio de transporte, muy usado durante el ministerio del Señor, para llevar la Palabra a los pueblos. Podemos decir que la barca es figura de nuestra humanidad, puesta a disposición del Señor, estas pequeñas embarcaciones, eran hechas de madera, procedente de los árboles que crecían alrededor del mar de Galilea; humildes en condición, pero llenas de la gloria de Dios, cuando Cristo hacía uso de ellas, para enseñar

a las multitudes. Las barcas de Pedro y Zebedeo estaban diseñadas para pescar, los hombres las usaban a diario para salir a aguas profundas y ganarse el sustento; esto nos enseña que no podemos tener un evangelio superficial, sino que uno en el que nos tenemos que meter en lo profundo, sabiendo que nuestro esfuerzo, va a producir un magnífico resultado. Ezequiel menciona en su revelación del templo, que brotaban aguas debajo del umbral, hacia el oriente y fluían al lado sur. Salió un hombre hacia el oriente con un cordel en la mano, midió mil codos y le hizo pasar por las aguas hasta los tobillos; midió otros mil, hasta las rodillas y otros hasta la cintura; al medir otros mil, el río ya no se podía vadear, porque las aguas habían crecido y se tenían que pasar a nado.

Lo llevaron a la orilla del río donde había muchísimos árboles, a uno y otro lado y le dijeron que las aguas descendían del Arabá al mar, donde las aguas eran purificadas. Y le dijeron que dondequiera que fluyera el río, todo ser viviente que en él se moviera, viviría. Y habría muchos peces, porque las aguas serían purificadas y viviría, todo por donde pasara el río; junto a él se pararían los pescadores y desde En-gadi hasta En-eglaim, habría un lugar para tender las redes. Sus peces serían según sus especies, como los peces del mar Grande, numerosísimos (Ezequiel Cap. 47); esto nos dice que, por donde pase el río del Espíritu, habrá pesca abundante. El Señor había tomado a aquellos hombres, para ser pescadores de hombres y designó a setenta y los envió de dos en dos delante de Él a toda ciudad y lugar a donde Él había de ir. Y les decía: La mies es mucha, pero los obreros pocos; rogad, por tanto, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.

Les dijo que sanaran a los enfermos donde fueran y que les dijeran que se había acercado a ellos, el reino de Dios. Los setenta regresaron con gozo diciendo: Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre (Lucas Cap. 10). Como podemos ver, aquellos hombres, aunque conocían del ministerio, cuando vieron que el Señor había dado su vida en la cruz, se desanimaron y quisieron volver a su trabajo anterior. Juan nos relata que luego de la resurrección de Cristo, se le manifestó a Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos junto al mar

de Tiberias. Simón Pedro les dijo: Me voy a pescar. Ellos le dijeron: Nosotros también vamos contigo. Fueron y entraron en la barca y aquella noche no pescaron nada. Esto nos muestra que cuando Dios nos llama para su servicio, no podemos volver atrás, como dice la Biblia: Nadie, que después de poner la mano en el arado mira atrás, es apto para el reino de Dios (Lucas 9:62). Cuando ya amanecía, Jesús estaba en la playa; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dijo: Hijos ¿Acaso tenéis algún pescado? Le respondieron: No. Él les dijo que echaran la red del lado derecho de la barca, donde hallarían pesca. Entonces la echaron y no podían sacarla por la gran cantidad de peces, como había sucedido la primera vez.

Nuestro Dios es un Dios de oportunidades y les estaba abriendo de nuevo, la puerta de bendición. El discípulo amado (Juan), dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Entonces Simón Pedro se ciñó la ropa (porque se la había quitado, para poder trabajar) y se echó al mar. Cuando los otros discípulos bajaron a tierra, arrastrando la red llena de peces, vieron brasas, ya puestas y un pescado sobre ellas y pan. Aquí podemos ver el tierno cuidado, que el Señor tenía por sus discípulos. Jesús les dijo: Venid y desayunad. Ninguno de ellos se atrevió a preguntarle: ¿Quién eres tú? Sabiendo que era el Señor. Esta fue la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos, después de haber resucitado de entre los muertos. Jesús dijo a Pedro: Simón hijo de Juan ¿me amas más que éstos? Pedro le dijo: Sí Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dijo: Apacienta mis corderos. Y volvió a decirle por segunda vez: Simón hijo de Juan ¿me amas? Pedro le dijo: Sí Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo por tercera vez: Simón hijo de Juan ¿me quieres? Pedro se entristeció porque la tercera vez le dijo: ¿Me quieres? Y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: Cuando eras más joven te vestías y andabas por donde querías; pero cuando seas viejo extenderás las manos y otro te vestirá y te llevará adonde no quieras (Juan Cap. 21).

En estos pasajes, podemos ver el corazón de Cristo, perdonando, sanando y restaurando a sus discípulos para hacer su obra, hoy es tu turno también, de bajar de tu barca y comer con Él.

Santa Cena

7 de marzo
de 2021
10:00 a.m.

17 av. 5-62 zona 1



**ESCÚCHANOS
DONDE QUIERAS**



www.elfaroradio.online